

## INFIERNILLO (SANTA MARTA)

*O.V.J.  
Sexo femenino, 96 años*

### **Mirada perdida**

Hace muchos años, en Infiernillo había una laguna muy grande, donde iban a pasear en botes y lanchas la gente rica de San José y Cartago que iban a veranear a Juan Viñas. Unos bajaban en sus propios caballos y se le alquilaban bestias a los que no tenían.

Como no toda la gente podía pasar por ahí, en la callecilla que va para Juan Viñas había un portón altísimo, que casi siempre estaba cerrado, y un portoncito pequeño de caracol por donde pasaban solo algunas personas.

Un día, eran como las cinco y media y la seis, ya estaba entre oscuro y claro, pasé yo, que tenía como diez años, enfrente del portón alto y vi un *bulto* como de un hombre altísimo, mucho más alto que el portón, todo negro, con un sombrero grandísimo. Estaba parado con los brazos cruzados en el pecho, viendo para muy largo.

Yo salí en carrera, muerta del susto, para la casa y le conté a mi

mamá lo que había visto. Ella me dijo que esas eran visiones que no había que hacerles caso. Por dicha, solo esa vez lo vi.

### **Caricia yerta**

Nosotros éramos muy pobres y vivíamos en Infiernillo, en una casa muy malita, que no tenía picaportes ni cerraduras. Papá clavaba una argolla en el marco de las puertas y otra en las puertas y las amarrábamos con un mecatillo o una tira.

Una noche, cuando ya nos íbamos a acostar, mi mamá me mandó a mí -yo como de once o doce años porque me acuerdo perfectamente- a cerrar la puerta de la cocina, que daba al cafetal. Cuando saqué la mano para jalar la puerta y amarrarla, una mano helada, helada y grande como de hombre, me agarró suavemente la mía. Del susto, ni siquiera me moví, solo pude pegar un gran grito.

Mi mamá no me creyó lo que le conté y menos cuando ella sacó la mano y cerró la puerta sin sentir nada.

Después de eso, yo nunca volví a ir sola a cerrar la puerta de atrás.

### **Llanto angelical**

A mi mamá le gustaban más los varoncitos que las mujercitas; pero le regalaron cinco chiquitas seguidas, yo soy la mayor. Al decir seis, vino un hombrecito y ella se puso tan contenta, que no encontró un nombre mejor para ponerle que Manuel de Jesús, para que tuviera los dos nombres de Nuestro Señor. Manuelito se crió gordote y rosado; pero una vez, hubo una peste de tosferina y se murió a los nueve meses. Mi mamá lloraba sin parar, de noche y de día, inconsolable.

Unos meses después, una mañana, mi mamá se dio cuenta que no tenía tortillas para hacer los *gallos* que nosotros vendíamos en el tren que pasaba por Infiernillo. Todas vendíamos comida y café para ayudar a papá a pagar el pedazo donde teníamos la casita. Como ya no tenía tiempo de ponerse a moler, se fue donde una cuñada a pedirle prestadas unas tortillas.

De camino para volver a la casa, oyó a Manuelito desgañitado llorando. Primero se alegró de oírlo, pero inmediatamente se acordó que estaba muerto. Se devolvió muy asustada para donde la cuñada y le contó lo que había oído. La cuñada la regañó muy duro y le dijo que por su culpa, por estar llorando tantísimo, Manuelito

no había podido entrar al cielo donde tenía que estar porque era un angelito.

De puro miedo, mi mamá dejó de llorar y no volvió a oír a su chiquito gritando porque ya se había ido para el cielo.

### **Lamentos**

Un sábado en la tarde, papá se fue para Juan Viñas a traer el comestible, bien advertido por mi mamá de que no se quedara jugando dominó en la pulpería de Agustín Mazza, porque solo le quedaba un cabito de candela para alumbrarse porque en Infiernillo, no había luz eléctrica. Papá se quedó muchísimo porque jugar dominó era su única distracción y, mientras tanto, la candela se iba gastando.

Mi mamá acostó a todos los chiquitos y estaba muy angustiada al ver que la candela se hacía cada vez más chiquita. De pronto, oyó un alarido terrible, como un ay muy largo y triste que la dejó fría del susto. Después, otro grito la asustó más porque la candelita seguía quemándose y papá no volvía. Exactamente al oír el tercer alarido, la candela se apagó. Ella, muerta de miedo, solo acató a meterse en la cama con los chiquitos más chiquitos y a ponerse a rezar en un puro temblor y llorando hasta que papá llegó.

Cuando ella, muy *brava*, le contó lo que oyó, él le dijo que seguro los gritos eran de las ánimas en pena y que rezando por ellas se callaban.

Pero a mi mamá no se le olvidaron nunca los tres alaridos y, por si acaso, no volvió a quedarse con solo un culito de candela.

### Resplandor mañanero

Papá subía a Juan Viñas cada quince días, los sábados en la tarde, a comprar el comestible en la pulpería de Agustín Mazza. Ahí se juntaba con otros hombres a jugar dominó. Mi mamá se enojaba mucho porque a él se le *iban las horas* jugando y ella se quedaba en la casa sola con los chiquitos; peor después de que una noche la asustaron con tres gritos horrorosos. Una vez, papá se dio cuenta de que le había cogido tardísimo jugando; entonces, puso el saco de comida encima del caballo y salieron volados.

Cuando papá dio la vuelta por la *Cruz de Misión*, vio salir por el este un resplandor grandísimo; se asustó mucho porque creyó que ya estaba amaneciendo y, como mi mamá era tan *brava*, lo iba a regañar. Por más que le daba al caballo con el juete, el caballo solo relinchaba y no quería caminar, estaba como clavado en el camino. Como el resplandor era cada rato más brillante, papá levantó la cabeza y vio pasar volando, encima de él, una águila amarilla que relumbraba como si fuera de oro y era tan grandisísima que las puntas de las alas tocaban las montañas de Infiernillo. Muy muy despacito, se fue volando sin

mover las alas hasta que se *esfondó* en las peñas del Reventazón.

Papá no volvió a saber de su juicio. Cuando se despertó, estaba acostado en la cama y mi mamá lo *flotaba* con manteca alcanforada para calentarlo porque estaba muy frío y tieso, tieso, como acalambrado. Pudo llegar a la casa porque el caballo se sabía el camino de memoria y, cuando estuvo al frente, relinchó y relinchó hasta que mi mamá salió y se encontró a papá doblado encima del pescuezo de la bestia, frío como un muerto porque lo habían asombrado. Y nada del comestible, hasta que los vecinos ayudaron a recogerlo del camino, donde había quedado *regado*.

Solo esa vez papá vio el águila de oro porque nunca se volvió a quedar jugando dominó hasta muy tarde.

### Sonrisa helada

Yo fui novia durante ocho años del que después fue mi esposo. Él bajaba los sábados de Juan Viñas a verme a Infiernillo, donde yo vivía, y se iba para la casa a las siete de la noche, como ordenaba mi mamá. Como en Infiernillo no había luz eléctrica, él usaba un *foco* con el que iba haciéndome señas por el camino hasta que la última vuelta lo tapaba. Yo le contestaba con la luz de una *canfinera* hasta que dejaba de ver la lucecita del *foco* porque ya él había dado la última vuelta.



Puente sobre el río Naranjo

Una noche, cuando él iba para la casa, al pasar por el puente del río Naranjo, sintió un viento muy frío que le dio en la pura cara y se topó, de pronto, con un *bulto* muy alto y grueso, como de un hombre. Por eso, le dijo. “Adiós, señor”. El *bulto* no le contestó, solo le peló unos dientes blancos, blancos, como la luz de las *candelillas*; al mismo tiempo, un *ventolero* heladítico lo envolvió de pies a cabeza y casi lo bota. Mi novio se

quedó más asustado todavía, cuando alumbró el camino con el *foco* y no vio nada porque el *bulto* desapareció apenas le pasó a la par.

Por ese susto tan grande, él no dejó nunca de bajar a verme; pero después de eso, al llegar al puente, se persinaba y comenzaba a rezar el padrenuestro mientras pasaba corriendo.

Por suerte, nunca más se volvió a topar con aquella risa espantosa.

M.A.V.J.

*Sexo femenino, 87 años*

## La luz azul

Como en Infiernillo no había luz eléctrica, nosotros nos alumbrábamos con *canfineras* que se apagaban temprano y todos teníamos que dormirnos temprano porque mi papá y mi mamá madrugaban mucho. Yo estaba chiquita y dormía en el suelo, en una *estera*, debajo de una ventana que no tenía vidrio, era solo el hueco.

Una noche, me despertó, quién sabe a qué horas, un resplandor muy fuerte. Me enderecé y vi una gran bola de luz azul, *parada* en la ventana, que iluminaba todo el cuarto. Yo no me asusté ni grité porque estaba feliz de ver la casa toda iluminada. La luz se quedó un gran rato y, poquito a poco, se fue haciendo chiquitica, chiquitica hasta que se apagó. Yo me quedé muy triste porque todo volvió a quedar oscuro como siempre.

Muchas veces más vi la luz azul que tanto me gustaba. Después supe que muchas de esas bolas azules salían de la laguna que había en Infiernillo y se le ponían atrás a los hombres que bajaban muy tarde de Juan Viñas para asustarlos, pero a mí nunca me asustó la luz azul.

## Nuevas amistades

Una mañana temprano, tenía yo como seis años porque me acuerdo

perfectamente, me escapé de la casa en Infiernillo para ir a jugar en un potrero cerca. Me senté en el tronco de un árbol grueso que se había caído. De pronto, aparecieron unos chiquitos muy chiquiticos, con los pies al revés, como viendo para atrás, vestidos con pantalones largos y blusas de manga larga, unos verdes y otros azules, de tela muy gruesa y bien pegaditos al cuerpo; tenían puestos unos sombreros de picos y zapatos del color del vestido, terminados en una gran punta parada y enroscada para adentro; me llamaron mucho la atención los zapatos porque nosotros éramos descalzos; además, tenían una faja ancha con una hebilla dorada muy grande. No me recuerdo cuánto tiempo pasó porque yo estaba contentísima jugando con los nuevos amiguitos.

Mientras tanto, mi mamá estaba desesperada porque nadie le sabía dar razón de mí; solo un señor le contó que me había visto en la mañana cerca del tronco caído. Fueron a buscarme al potrero, pero yo no estaba.

Una vecina le dijo que seguro me habían llevado los duendes porque yo era una chiquita muy linda, como a ellos les gustaban. Como a media tarde, un señor dijo que, como a los duendes no les gusta la bulla y la música de guitarra, había que espararlos con eso. Entonces, las vecinas sacaron peroles, comales y sartenes y, con palos, les daban duro para hacer un buen bullón; los hombres tocaban

las guitarras y cantaban a todo galillo, mientras todos caminaban por el pueblo y también por el potrero donde estaba el tronco. Como a las cinco de la tarde ya todos iban para la casa, bien cansados y tristes, cuando uno de los últimos vecinos volvió a ver para el potrero y allí aparecí yo, sentada en el tronco que fue lo último que vi antes de irme a jugar con los amiguitos.

Desde ese día, mi mamá no me quitaba la vista por miedo de que, en otra escapada, los duendes me volvieran a llevar porque yo era una chiquita de cara finita y unos ojotes verdes, como a ellos les gustan.

### **Castigo divino**

Cuando todos nosotros estábamos chiquillos, mi mamá nos contaba que, hacía muchos años, había una señora que vivía con un hijo que era muy malcriado. Una noche, el muchacho llegó demasiado borracho y la mamá lo regañó. Entonces, él hizo a pegarle y, en el mismo instante en que la iba a golpear, la mano se le puso tiesa, tiesa y así se le quedó para siempre.

Decía ella que eso le pasó porque Dios lo castigó por haberse atrevido a levantar la mano contra la madre.

### **Ave sorprendente**

Cuando tenía yo como trece años, en Infiernillo no había agua; por eso, tempranito bajábamos por

la peña que estaba atrás de mi casa para llegar hasta el río Reventazón a lavar la ropa. Como en casa éramos muchos, los motetes de ropa eran muy grandes y durábamos casi todo el día en el río porque, cuando subíamos a la casa, ya la ropa estaba azuliada, engomada y seca.

Una mañana, tempranito, bajé a lavar con una prima. Estábamos bien *empunchadas* lavando, cuando oí yo un gallo cantando. Al principio no le puse atención, solo me pareció raro porque las gallinas estaban en el solar de las casas y no a la orilla del río. Volví a ver para abajo y, encima de una piedrota, vi un gallo amarillo brillantísimo, parecía de oro, que cantaba y movía las alitas como si fuera a salir volando. Me asusté mucho porque yo no sabía que hubieran gallos de oro. Lo raro es que mi prima seguía lavando tranquilamente, porque no había visto nada. Yo le conté lo del gallo y ella me pidió que se lo enseñara; pero, cuando le señalé la piedra, el gallito ya no estaba.

Varias veces más vi el gallo de oro, pero solo yo. Como mi mamá era muy *brava*, nunca me animé a contarle nada porque seguro me regañaba y, si yo insistía, me hubiera pegado por mentirosa.

### **Extraña fortuna**

Otro día, estaba yo lavando en el Reventazón, cuando oí que alguien

hacía pss, pss. Me extrañó porque yo estaba sola y no había nadie en la peña ni en la orilla. No hice caso; pero, como siguieron los ruidillos, dejé de lavar y volví a ver para la piedra grande donde había visto muchas veces el gallo de oro. Allí mismo estaba un chiquito como de dos años, gordito y resplandeciente como si fuera de oro, pero se movía. Daba brinquitos y bailaba cogiéndose la *pipí* y me hacía señas para que me le arrimara. Me asusté mucho porque yo tenía varios hermanitos y ninguno era como el chiquito del río. Lo vi dos veces más.

Por supuesto, nunca le conté nada a mi mamá para que no me regañara, solo a una vecina mayor que yo. Tiempito después, la familia de ella se fue de Infiernillo y no supimos para dónde.

Después de unos años, ya estaba yo casada, aparecieron con mucho dinero porque hasta propiedades habían comprado en Cartago y San José. Lo extraño es que nadie sabía de dónde había salido tanta plata porque el señor era un peón pobre, como todos los de Infiernillo.

La gente empezó a decir que seguro habían encontrado un entierro de indio, tal vez de oro, pero nunca se supo cómo se habían vuelto ricos.

### **Oración milagrosa**

Cuando yo tenía catorce años, conocí al señor con el que después me

casé; él tenía más de treinta años y trabajaba en el mantenimiento de la línea del tren de la *Norden*. Nosotros vivíamos en Infiernillo y él iba a verme cada ocho días de La Gloria, porque ahí vivía. Un sábado, me dijo que el sábado siguiente no podía ir a verme porque iba para Limón a una reunión.

Una amiga mía me dijo que si quería probar una oración muy buena a *Santa Elena de la Cruz*, que servía para *jalar* al novio hasta donde uno, no importaba dónde estuviera ni lo que estuviera haciendo. Eso sí, había que poner la foto de él con la jupa para abajo y velarla con una candela encendida por el culo. Yo le dije que sí y ella me la dio. Es así porque todavía me acuerdo: “Santa Elena de la Cruz, santa eres y fuistes. De los tres clavos que le clavaron a Cristo en la cruz, uno lo tirastes al mar, otro se lo distes a tu hermano, el emperador, y el otro, oh gran santa, no te lo pido dado sino prestado, para clavárselo a (se dice el nombre del novio), para que no tenga gusto ni sosiego ni con hombre ni con mujer hasta que esté presente delante de mí”.

Al otro sábado, solo por molestar, velé la foto de mi novio y recé la oración para ver si era tan buena como mi amiga me dijo. Y me llevé el susto de mi vida cuando, en la tarde, lo vi llegar a Infiernillo y me dijo que no había podido ir a Limón porque lo había dejado el tren y no había podido coger otro.

Del gran miedo que me dio, nunca más volví a rezar la oración a santa Elena de la Cruz y más que al poco tiempo me casé con ese mismo novio.

### **Pequeña compañía**

Años después, ya yo estaba casada y vivía en San José, fui una vez a Santa Marta ver a un hermano mío que era el agente del ferrocarril. Venía de Juan Viñas con dos hijas ya grandecitas, pasando por la laguna, cuando vimos que, atrás de nosotras, venía caminando un chiquito muy chiquito, vestido de blanco. Solo comentamos que qué raro que un chiquito tan pequeñito anduviera solo por los cafetales.

Cuando llegamos a la pulpería, el chiquito estaba muy, muy adelante de nosotras, como a trescientos metros, pero nunca lo vimos cuando nos pasó.

Una noche, como a la una de la madrugada, venían bajando de Juan Viñas una hija mía, dos sobrinos y unos primos, medio tragueados. Como estaban jovencillos, subían a bailar y bajan a deshoras. Me contaron que, delante de ellos, iba como un bultito blanco pequeño y creyeron que era neblina. Pero se extrañaron mucho cuando llegaron a la estación del ferrocarril y se dieron cuenta que el bultito blanco, como de neblina, era el mismo chiquito que nosotras habíamos visto muchos años antes, que estaba parado frente a la ventanilla donde se

vendían los tiquetes del tren. Curiosamente ninguno se asustó y solo esa vez lo vieron aunque seguían bajando tarde.

Cuando les contamos a los familiares, nos dijeron que ese chiquito siempre salía y que más de una persona lo había visto; pero nadie sabía dar razón de qué quería ni por qué salía.

*O.Z.M.*

*Sexo femenino, 85 años*

### **El deshaucio**

Nosotros teníamos una jaula con dos periquitos. Siempre los metíamos en la noche, pero una vez los dejaron afuera. Al día siguiente, apareció tirada la jaula en el patio de la vecina con todo y periquitos. En otra jaula, había otro periquito y un día amaneció la jaulilla puesta encima de la leña de la galera. Lo raro es que teníamos un perro grande cuidando y hubiera ladrado si alguien estuviera ahí. Nunca supimos quién la puso ahí.

La gente nos decía que eran las brujas para que nos fuéramos de Santa Marta. Lo cierto es que tuvimos que irnos porque nos hicieron sacados de ahí.

### **En carne viva**

En Infiernillo, las brujas nos molestaban tirando piedras en las

paredes de la casa. Muchos vecinos me ayudaban a buscar las piedras, pero nada encontraban. En las noches, *prendíamos* bombillos para alumbrar el patio, pero no veíamos nada. Como a los dos meses, ya estábamos hartos y por eso mi esposo buscó ayuda.

Un señor de esos que curan males le recomendó que, para espantarlas, pusiera cruces de sal en la puerta de entrar a la casa y en el patio. La sal se les pega y les escoce porque están en carne viva porque han dejado el pellejo en la casa. Como les duele mucho, entonces se espantan. De veras hizo el remedio y no volvieron a molestar en esa forma.

### **Gratitud constante**

Mi esposo iba a una noche para Juan Viñas y ahí por El Rojas, se topó con un hombre muy grande y gordo, pero sin cabeza. Con todo y su miedo, le dijo adiós, pero el hombre no le contestó. A él le entró un miedo muy grande; pero no le quedó más remedio que seguir su camino.

Después le daba gracias a Dios siempre porque nunca lo vio más.

*J. R.Q.*

*Sexo masculino, 73 años*

### **De luto**

En la estación del ferrocarril había una banca donde yo me sentaba

a veces. Una noche, por el trillo que había frente a la estación, salió un señor vestido de negro que comenzó a caminar por la línea. Cuando lo volví a ver, se levantó en el aire bastante alto y siguió volando sobre la línea hasta que lo dejé de ver.

### **Lucecita falsa**

Venía yo de Juan Viñas con mi esposa una noche, como a las siete, cuando para abajo de la *Cruz de Misión* vimos una lucecita pequeña que, de pronto, frente a nosotros, se hizo tan grande, tan grande que no dejó encandilados. Aunque nos asustamos mucho, tuvimos que seguir el camino. No nos quedaba más.

### **Malestar repentino**

Estaba yo *paliando* en El Vargas cuando me empecé a sentir muy raro, como perdido en el cafetal, una cosa rara. El compañero me dijo que me volviera la camisa al revés y al rato me compuse. Seguro eran las brujas porque a ellas no les gustan las cosas al revés.

### **Sitio encantado**

Un cuñado mío tenía una perra muy buena. Un día, estábamos trabajando cuando comienza la perra a correr. Yo creí que andaba persiguiendo un conejo, pero nada de animal.

Otro día igual, la perra salió corriendo para arriba y me fui con ella para ver si veía el conejo; pero cuando me di cuenta, la perra había cogido un pajarito blanco.

Como a los dos o tres días, andaba yo trayendo una carga de leña por el troje, cuando comienza la perra a ladrar, primero ordinaria, y luego corría y corría y ladraba como perro fino. Salió corriendo para arriba y se encontró con otro perro que se engrifó todito cuando la vio. Era el lugar donde la perra había agarrado el pajarito.

Al tiempo, dos cuñados míos estaban repartiéndose las cargas de leña cuando, de repente, todas las matas empezaron a menearse rápido como si fuera un temblor. Esto fue en la misma parte donde la perra había cogido al pajarito.

*E.R.Q.*

*Sexo femenino, 71 años*

### **Pan incomible**

Abuelito ya estaba casado con mi abuela, pero seguía bien contento. Se iba para Santiago montado a caballo y se juntaba ahí con las “novieci-llas” que, seguro, eran brujas. Una de ellas le dio, una vez, una bolsa con bollitos de pan casero. Él se la echó en la bolsa del pantalón y, cuando llegó a la casa, aquí en Infiernillo, la abrió y vio que los pancitos eran cagajones de caballo.

Yo no se si volvería a ir donde ella.

### **¿La vecina?**

Mis papás y todos mis hermanos, que estábamos solteros, vivíamos en una casa de la Finca, al frente de la línea. Una madrugada, como a las tres, salí a llevar agua de un tubo que la Hacienda nos había puesto afuera, porque aquí no había agua. En el camino, me topé con una viejita pequeñita, delgadita, toda vestida de negro, con la cabeza tapada con una *chalina* negra. Iba agachadita, caminando hacia la casa mía.

Yo salí corriendo para la casa porque creí que era una vecina que tenía como un mes de muerta y era igualita a la que yo vi. Del susto, ni siquiera me acordé que a los muertos no hay que volverles la espalda.

No se si sería ella o no, lo que sí se es que otras personas también han visto una viejita igual.

### **Conducta dudosa**

Los copitos eran unos animalitos como ver conejitos blancos, chiquiticos, que daban brinquitos y salían por las peñas aquí de Santa Marta, en luna llena.

A la par de nosotros, vivía una gente que peleaba mucho y, cuando estaban peleando, salían los copitos y los asustaban para que dejaran de pelear.

Yo y mis hermanos corríamos a los copitos y cuando ellos intentaban agarrarlos, se les tiraban a morderlos y luego desaparecían. La gente decía que eran espíritus malos.

Mis hijos, cuando chiquillos, también los veían y los encerraban en una rueda para tirarles piedras; pero nosotros no los dejábamos porque decían que, cuando se les tiraban piedras, se hacían cada vez más grandes porque se sentían amenazados. Pero una vez, uno de ellos le tiró una pedrada a uno y al momentico, se volvió como cinco veces más grande. Ellos salieron corriendo muertos de susto. Yo creo que no lo volvieron a hacer.

### **Enmontañado**

De soltero, mi esposo era muy noviero y se iba para Juan Viñas a noviar. Un sábado, como a las doce de la noche, venía para la casa por el río Naranjo cuando, de pronto, no pudo pasar porque había montaña adelante, montaña atrás y montaña a los lados; estaba como encerrado entre montañas y todo desorientado porque no sabía dónde estaba.

En eso, empezó a oír carcajadas de mujeres por encima de él. Por eso, pensó que seguro eran las brujas que no querían dejarlo pasar. Entonces, se quitó el sombrero, lo volvió al revés y se lo puso otra vez. Así se le abrió el camino y pudo pasar tranquilo.

### **Uñas celosas**

Estábamos mi esposo y yo recién casados, como a los ocho días del matrimonio, cuando comenzaron a rasguñar la pared adentro, en el cuarto de nosotros, apenas apagábamos la candela. Entonces, él le contó a una hermana lo que pasaba y ella le dijo que eran brujerías y que pusiera una cruz de sal y un vaso con agua a la orilla de la cama. Lo hicimos y no volvieron a molestarnos.

Seguro era alguna novia celosa que era bruja. No se sabe.

### **Risas malévolas**

Dice mi hijo mayor que muchas veces, cuando viene de Juan Viñas pasando por el río Naranjo, oye un gran riserío de mujeres como si estuvieran exactamente debajo del puente.

Él ha tenido ganas de asomarse para ver qué es; pero le han dicho que son risas de brujas y como son tan malas, mejor sigue derecho para la casa.

### **Ruta anormal**

Estaban dos hijos míos en el corredor de la casa de las vecinas de a la par, cuando vieron venir de la cata-rata una luz roja, que venía en dirección a la casa donde ellos estaban. Ratito después, vieron que la luz era una candela encendida (era corriente,

como de las que venden en la pulpería), que llegó hasta el frente de ellos, se subió, les pasó por encima y siguió derecho para el cerco.

Ninguno hizo por donde seguirla porque estaban muertos de miedo.

### **Vuelo marino**

Nosotros teníamos unas vecinas tremendas, muy malcriadas y malhabladas. Dicen que una vez, como a las cinco y media de la tarde, venía una de ellas pegando gritos por la calle porque había visto unos peces volando, ahí por donde está la ermita ahora.

Varias veces los vieron y la gente decía que era un espanto por malcriadas y desobedientes con la mamá.

### **Trapo o pañuelo**

Por la vuelta de la milpa, que está antes de llegar al río Naranjo, en la madrugada, como a las tres, dos hijos míos que estaban jovencillos y *jalaban* el pan para Santa Marta, vieron una bola de fuego que bajó del *corte* de Nueve Manzanas, cruzó El Higuerones y llegó rodando hasta los llanos del Vargas. Era de muchos colores: azul, verde, rojo y amarillo como de fuego.

La gente decía que era una tinaja con un tesoro y que, para encontrarla, a la bola hay que tirarle un trapo blanco o, si uno no tiene el trapo en ese momento, tirarle un pañuelo bien sudado. Donde la bola se quede pegada, ahí está el tesoro.

Ellos la vieron otras veces; pero nunca hicieron lo del trapo porque les daba mucho miedo.

### **Un grano de oro**

Un vecino de aquí de Santa Marta cuenta que, una noche, estaban él y la esposa sentados en la cama porque ya se iban a acostar cuando, de pronto, empezaron a oír como un zumbido que entró en el cuarto. Ellos creyeron que era un animalillo; pero, cuando volvieron a ver para arriba, lo que había entrado era un granito de café que pasó volando por encima de ellos varias veces, haciendo ruedas. Ellos nunca supieron qué fue eso.

### **Abandono cruel**

Por esta callecilla, dentro del cafetal, había una casa donde se oían los gritos de un chiquito llorando. Una cuñada mía y mi suegra me contaron que una mujer que vivía ahí se había mejorado, tuvo un chiquito y se desapareció.

Al poquito tiempo, empezó a oírse un chiquito llorando. No se sabe si fue que nació muerto o que la mamá lo mató. Como al tiempo se fueron, solo quedaron los gritos del chiquito.

### **Amor filial**

Una noche, cuando ya el tren de las doce había pasado, mamá oyó una

voz como de chiquito que gritaba: “¡Ay, papito! ¡Ay, papito!”. Ella se asomó para ver qué había pasado y un chiquito le pasó por el frente caminando en el aire, cruzó la línea y siguió para arriba, siempre gritando: “¡Ay, papito! ¡Ay, papito!”.

Dicen que seguro el tren había matado al papá del chiquito y él andaba buscándolo.

*M.V.R.V.*

*Sexo femenino, 71 años*

## ¡Fiestón!

En Infiernillo, vivía un señor que le gustaba mucho emborracharse. Una noche, iba bajando de Juan Viñas y, por la *Cruz de Misión*, se encontró un montón de gente bailando muy alegre en un salón bien iluminado y se metió. Habían mujeres muy lindas que lo sacaban a bailar, le daban guaro y gallos; por eso, se quedó contentísimo hasta que terminó la fiesta en la madrugada.

Cuando se iba a montar en el caballo para regresar a la casa, sintió un estorbo en las bolsas de los pantalones. Se registró y, en una, encontró una botella de guaro y, en la otra, un gallito. Primero se puso muy contento; pero, inmediatamente, se asustó muchísimo cuando los desenvolvió y se dio cuenta que el guaro eran miasos de yegua y la comida, cagajones de caballo.

Las brujas fueron las que querían ponerlo a comerse y beberse aquellas cochinadas y se salvó porque, para sacar el guaro y la comida, tuvo que volverse al revés las bolsas del pantalón.

## Fascinación mortal

En el Reventazón, habían muchas pozas y los muchachos iban a bañarse ahí cuando hacía mucho calor.

Una mañana, estaban varios bañándose cuando uno le dijo a otro que viera qué muchacha más linda estaba sentada en una piedra muy grande, en el centro de la poza. Como el otro muchacho no vio nada, le preguntó cómo era. El amigo le contestó que era muy rara, toda reluciente, como de oro, que estaba peinándose el pelo que lo tenía larguísimo y *machitico*. Era tan lindísima, que al muchacho le dieron ganas de llegar hasta donde ella, se tiró al agua y nadó tamaño pedazo. De pronto, sin gritar ni hacer nada, se hundió casi llegando a la piedra y el cuerpo nunca apareció.

El muchacho le contó a los compañeros que la muchacha de oro se había llevado al amigo de todos con ella. Desde entonces, a ese lugar le dicen “la poza del encanto”.

## Un viaje accidentado

Una mañana, tenía yo como catorce años, mi abuelita me mandó a dejar

unas tortillas a la casa de dos señoras que la gente decía que eran brujas. Yo entré y, en el cuarto, encontré a la hija cobijada hasta arriba y bien dormida. Me pareció raro verla acostada a esas horas, porque ellas vendían comida en el tren y ya era hora de que los *gallos* y el café estuvieran listos. La mamá me contó que la hija no se había levantado porque, la noche anterior, había llegado muy tarde a la casa porque había tenido un accidente en Turrialba.

Después, *se regó* en Infiernillo el cuento de que, en las noches, la hija se iba volando sin el cuerpo, como hacen las brujas, hasta La Suiza de Turrialba, para asustar a los dueños de una casa que ellas querían comprar y ellos no querían vendérsela y que, esa noche, la habían cogido con sal y mostaza y la agarraron a garrotazos por bruja. Por eso, estaba dormida tan tarde.

Ese día, la hija no pudo ir a vender comida en el tren; tuvo que ir la mamá, porque ella estaba toda adolorida por la garrotiada que le habían pegado por bruja.

### **Tesoro perdido**

En Infiernillo, todo el mundo veía una luz blanca en la raíz de una palmera de pejibaye y todos le huían.

Una noche, en diciembre, mamá vio una luz que venía brincando por la callecilla. Se acurrucó en la espalda de papá en un puro temblor y cuando se dio cuenta, había un *bulto* bien

formado a los pies de la cama. El *bulto* le dijo que, a la medianoche y ojalá con un chiquito pequeñito, escarbara en la raíz del pejibaye porque ahí habían tres tinajas llenas de oro, enterradas. Mamá, asustadítica, empujaba a papá para despertarlo, pero él no le respondía porque estaba bien privado. Cuando papá se despertó, vio a mamá como muerta, heladítica, la frotó bien y *volvió*.

Mamá no hizo nada porque le dio un miedo terrible; pero, tiempo después, le contó el cuento a unos vecinos. Rapidito, ellos cortaron la palmera y le escarbaron bien hondo la raíz, pero no encontraron nada. Mamá dijo que la luz los había castigado por *angurrientos*, porque el oro no era para ellos.

Papá y mamá no quisieron escarbar después porque pensaron que ya el encanto había desaparecido y se había llevado el tesoro porque la luz no volvió a salir. Ya ellos murieron, por eso, nadie puede encontrarlo.

Tal vez no era cierto eso porque tiempo después, un vecino dicen que sí sacó las tinajas y el tesoro, pero dijeron que se había pegado la lotería. El *palo* de pejibaye se secó.

Seguro si mamá le hubiera hecho caso a la luz, nos hubiéramos hecho ricos.

### **Necesidad insatisfecha**

Tenía la hermana que me sigue más o menos como nueve años y

estábamos conversando una noche en el corredor de la casa de mi abuelita, en Infiernillo, cuando le cogieron unas grandes ganas de orinar. Como la letrina estaba atrás, en el patio, le dio pereza ir hasta allá; por eso, bajó hasta debajo del piso y se sentó de cluquillas al ladito de una de las bazas que sostenían el corredor. Iba a empezar a orinar, cuando vio un bultillo pequeño que venía subiendo por la peña, pasó por el *palo* de manzana de agua y siguió hacia donde ella estaba. Era como una viejita chiquitilla, cobijada desde la cabeza con una *toalla* negra, por eso no se le veía la cara, y con enaguas también negras que le llegaban hasta el suelo; por eso, no se le veían los pies y parecía que iba como flotando.

Mi hermana *dijo a* gritar del puro miedo y agarró la puerta a patadas; pero nadie le abrió porque ninguno de los que estábamos adentro oímos nada. Cuando logró entrar, todavía llevaba los calzones por las rodillas porque, del susto, ni siquiera acató a ver que estaba a culo pelado.

### **Al borde de la muerte**

Un tío mío tenía una novia en Juan Viñas y como le daba miedo bajar a Infiernillo de noche y solo, nos dejaba en el cine a mí a mi hermana, que estábamos jovencillas, mientras él conversaba con la muchacha.

Una noche, cuando ya íbamos para la casa, al dar la vuelta por el río

Naranjo, de repente bajó una neblina muy fuerte que no nos dejaba ver nada. Como todos conocíamos el camino, decidimos seguir caminando; pero la neblina se puso todavía más fuerte y tuvimos que pararnos sin saber qué hacer porque ni el puente veíamos.

En eso, mi tío pensó que seguro las brujas nos estaban molestando; entonces, les dijo unas palabrotas, golpeó el camino con la *cruceta* y se volvió al revés todas las bolsas de la camina, el pantalón y el saco. Enseguida, la niebla se quitó de un solo tiro y casi nos morimos del susto cuando vimos que estábamos en el puro *filo* de un *guindo*.

Si nos hubiéramos caído, hubiéramos ido a escorar hasta el fondo del río Naranjo y seguro nos hubieran matado las *condolidas* brujas.

Por dicha, mi tío se acordó de que a las brujas no les gustan las cosas al revés porque se marean y, por eso, se volvió al revés todas las bolsas.

Pero a mí y a mi hermana nos faltaba otro susto. Apenas estábamos pasando el de las brujas, cuando de pronto vimos un viejillo chiquitillo, con camisa clara, sombrero y un gran puro encendido. Nosotras pegamos gritos; pero, mi tío se murió de risa porque no había visto nada.

### **Promesa cumplida**

Mamá tenía como ocho meses de embarazo de una hermana mía,

cuando una tarde se asomó por una hendija del *rancho* y vio venir, por la callecilla, a una mujer que no conocía. Como estaba muy cansada por la gran panza, se arrecostó y cerró los ojos. Cuando sintió que alguien estaba en el cuarto, se espabiló y, en los pies de la cama, estaba la mujer que había visto venir por la callecilla. Ella le contó a mamá que le había prometido a la Virgen del Carmen *echarse el hábito* por dos años por un favor que le hizo, pero que nunca se lo puso. Por eso, le pidió que fuera a Juan Viñas a darle ese recado a su familia y le dio la dirección. En eso, desapareció y mamá se asustó mucho.

Al día siguiente, mamá subió a Juan Viñas y, en la casa que le dijeron, vio como un retrato de la mujer que le había pedido el favor. La señora le contó que era una hija que se le había muerto hacía tres años. Mamá se asustó tanto que hasta le brincó el chiquito en el estómago, pero siempre le dio el recado. La señora le contestó que nadie iba a cumplir la promesa porque todos se habían *volcado* y, como ahora eran evangélicos, no creían en la Virgen.

Para que la mujer pudiera descansar en paz, mamá *se echó el hábito* por dos años para pagar la promesa que no había cumplido. Y no la volvió a ver.

A.R.Q.

*Sexo masculino, 69 años*

### Un chispero

Una noche, como a la una de la madrugada, mi tata se levantó a fumarse un puro, cuando vio un viejo grandísimo que salió del galerón y iba tirando chispas. Se encaramó por las gradas del recibidor de café y allí se desapareció.

### Pleito nocturno

Yo vivía en unos cuartos que la *Norden* había construido para los hombres solos que trabajaban en el ferrocarril. Una noche, apagué la *canfinera*, me acosté y me tapé la cara, porque siempre he dormido con la cara tapada, cuando sentí que me *jalaron* la cobija para los pies. La *jale* para arriba para taparme la cara y otra vuelta me volvieron a tirar la cobija para los pies. Aunque me asusté mucho, como estaba muy cansado, me quedé dormido.

Otra noche, llegué a acostarme como a las nueve y otra vez la misma cosa. Entonces, pensé que seguro eran las brujas; por eso, cogí un poco de sal y la regué en cruz en la puerta del cuarto y le puse encima un Cristo que

yo tenía. Fue santo remedio, así dejaron de molestarme.

### **Visión terrorífica**

En ese mismo cuarto, una noche como a las dos y media de la madrugada, me desperté y al frente de mí, vi una mesa larga con un mantel blanco encima y cuatro candelas encendidas. Esa vez sí me aterroricé tanto que me quedé inmóvil y despierto hasta que amaneció.

### **Ruido engañoso**

Yo, siempre antes de acostarme, dejaba la ropa guindando de un clavo detrás de la puerta. Un sábado, amanecer domingo, como a la una de la madrugada, me despertó el escándalo de un *reguero* de plata, como monedas, debajo de la cama. Pensé que se me había *regado* la plata del pantalón. *Prendí* la *canfinera* y me asomé, pero todo estaba bien. Al día siguiente, me levanté y me fijé debajo del piso para ver si había algo, pero no había nada.

### **El mudo**

Una noche, como las siete y media, me arrimé por donde estaba el “suich” para que los trenes cambiaran de vía, cuando vi un *bulto* negro con una gran chaqueta larga; era enorme y tan altísimo que estaba agarrado con una mano de la veleta del “suich”. Yo

le hablé, pero no me respondió. Llegué a la casa muy asustado.

Después, le pregunté a un vecino que tenía un lancecillo por ahí que si había visto algo, pero me dijo que no. Aunque me daba miedo, tenía que seguir pasando por ahí. Por suerte, solo esa vez lo vi.

### **Llamadas femeninas**

En esta casa, he oído cosillas como que una mujer me llama por el nombre. Yo registro todo, pero no hay nada raro. Ya ni me asusto. La única que de veras me asusta ¡es la mujer mía!

### **Bulto intratable**

Una noche, venía yo bien borracho de Juan Viñas con un amigo, también borracho, cuando, en el puente del río Naranjo, me topé un *bulto* negro, con una chaqueta larga también negra, todo mechudo, con el pelo como si fueran plumas de gallina. Yo le hablé y en lo que fui a darle la mano, me dijo: “Por favor, no me dé la mano”. Yo me enojé mucho y le dije: “¡Vaya a asustar a su madre, hijoeputa!”

Caminé como veinticinco metros, cuando sentí un pescozón muy duro en la nuca; pero yo seguí insultándolo. En eso, el compañero que venía un poco atrás, me alcanzó por la milpa y me encontró sentado en una piedra y bien golpeado. Él no se dio cuenta de nada,

no vio ni sintió nada. Curiosamente, esa fue la última juma que me pegué hace once años.

### **Puñal vengador**

Yo tenía un puñalito y siempre que bajaba de Juan Viñas lo traía listo con la intención de saber si el *bulto* negro que me topé en el río Naranjo era de aquí o no porque, si era de este mundo y me lo encontraba otra vez, lo iba a rajar. Pero nada pude hacer porque nunca más lo volví a ver.

*S.R.R.*

*Sexo masculino, 68 años*

### **No hay enemigo pequeño**

En Santa Marta vivía un nica, compañero de trabajo al campo. Una noche, le agarró tarde tirándose unos tragos en Juan Viñas. Cuando le faltaban como quinientos metros para llegar a la primera casa, vio algo en medio camino como del tamaño de un perro. Le tiró unas piedras y, al momento, se le volvió del tamaño de un caballo, se le vino encima a patadas y mordiscos y lo tiraba para todo lado. El muchacho solo gritaba pidiendo auxilio.

Los vecinos lo oyeron y corrieron a auxiliarlo. Cuando llegaron, no vieron ningún caballo, solo al muchacho todo golpeado en el suelo, frío, frío.

Tuvieron que pasarle candela bendita en cruz por la espalda para que *volviera*.

*B.M.R.*

*Sexo masculino, 68 años*

### **En el camino del Cascuá**

Venía mi hermanillo solo de medir café, por el camino de Infiernillo, cuando iba delante de él, un hombre muy alto flotando por encima de una cerca de chirrite. Siguió caminando aunque fuera cagándose de miedo y se le desapareció ahí por donde llaman el camino del Cascuá.

*M.C.Z.H.*

*Sexo femenino, 67 años*

### **Sorpresa aérea**

Mi abuelito se despertó una noche con ganas de orinar, pero le dio pereza ir al servicio; entonces se fue al frente de la casa que daba a la estación del ferrocarril. En eso, vio que se empezó a asomar una mujer que iba caminando por la línea; después subió por la callecilla y, al pasar enfrente de él, se levantó en el aire y siguió flotando hasta que dejó de verla.

### **Pasatiempo irreverente**

Contaba abuelito que, antes, la gente salía de cacería en Semana Santa.

Una vez, se fue con unos vecinos a cazar un jueves santo. En un lugar de la montaña, los perros se pusieron muy bravos, solo ladrar, ladrar y ladrar y después aullaban horrible. Ellos se acercaron a ver por qué aullaban y vieron que, de un *palo* muy grande, colgaban unas asaduras chorreando sangre.

Desde ese día, no volvieron a *montiar* en Semana Santa. Esos son ejemplos que Dios pone para que la gente respetara los días santos.

### **Centauro campesino**

Tenía yo como diez años cuando, una mañana, iba con dos primos a juntar café y, por un cruce de caminos de la laguna de Infiernillo, salió un caballo café que, cuando pasó por el frente de nosotros, se quedó viéndonos. Nosotros no volvimos a dar razón de nada y salimos corriendo asustadísimos porque el caballo tenía cara de hombre.

Mi padrino también lo llegó a ver en un callejón por donde llaman Miraflores.

### **Soplo tenebroso**

Yo estaba sola, encerrada en mi casa una noche, cuando de un solo soplo me apagaron la *canfinera* y me dejaron a oscuras. Del susto, nada pude hacer, me quedé queditica hasta que llegó mi esposo.

### **Susto mayúsculo**

Un día, llegó un hermano mío desahogado a la casa, tan desesperado que de un solo golpe se *apió* la puerta. Cuando le preguntaron, contó que por el camino a Juan Viñas estaba algo que parecía como un hombre; pero, conforme él se le fue acercando, se elevó en el aire y desapareció atravesando la cerca como si no hubiera cerca.

### **Rezoes pendientes**

Yo me acostaba de última porque tenía el montón de chiquitos. Una noche, mi esposo ya estaba dormido cuando, yo que apago la candela y me arrecuesto, se me aparece una tía mía que tenía ya varios años de muerta. Estaba vestida de negro y, como era gordita, pegaba la panza al cuerpo de mi esposo que estaba en la orilla de la cama. Al verla ahí parada, sonriente, oí que me decía: "Yo se que vos no te acordás de mí". Yo estaba tan trabada que no podía contestarle. "Hace años que me fui; pero debo dos rosarios y vengo a que me los pagués". Uno era para la Virgen de los Ángeles y otro para un familiar también muerto. "Vea (y me señalaba a mí con el dedo índice extendido), si no me los pagás ligero, te sigo visitando".

Yo quedé tan trabada con la visión y la amenaza que solo podía patalear y patalear sin poder contestarle, solo corcovaba y corcovaba.

Esa misma semana, busqué una rezadora y le pagué los rosarios. Jamás nunca me volvió a molestar.

### Visita celeste

Nosotros criamos los hijos con mucha pobreza. Vivíamos en una casa que tenía solo un cuarto. Teníamos una sola cama para nosotros y los más chiquitos. Los más grandecitos dormían en una *tendida* en el piso.

Una noche, después que cerré bien la puerta del cuarto, entró un animalito precioso, como un conejito blanquitico con los ojitos rojos, parecía un peluche. Se quedó viéndome y después se puso a olfatear a todos mis chiquitos. Yo me asusté tanto que desperté a mi esposo y le conté. Cuando el animalito terminó de olerlos, atravesó lentamente la puerta que no tenía ni una sola hendija. Lo buscamos por todo el cuarto que estaba bien cerrado; pero no lo volvimos a ver.

Cuando les conté a unas viejitas lo que había visto, me dijeron que era el Espíritu Santo porque donde habían chiquitos no podía llegar nada malo.

### Eco bestial

Mis abuelitos, dos tíos, mamá, papá y cuatro hermanos vivíamos cerca, en unos *ranchitos*. Mi abuelo tenía una casita grande de madera, donde nos reuníamos a conversar en la nohecita como hasta las ocho.

Todos acostumbraban dejar abiertas las puertas.

Una noche, oímos que una tía llamaba desesperadamente a papá, que era hermano de ella, porque en la puerta había una figura como de un animal grande, parecía un perro, que no la dejaba entrar. Mi tía le gritaba “¡José, José!” para que fuera a verlo y casi se muere del susto cuando el animal repitió: “¡José, José!”

Mi tía comenzó a llamar a un perro que tenía mi abuelo: “¡Yak, Yak!”, para echárselo al animal grande que estaba en la puerta y el otro también gritaba “¡Yak, Yak!”

Asustadísimos, buscaron agua bendita para echarle al animal y alabaron al Santísimo; así dejaron de oírlo y de verlo porque se desapareció.

C.L.C.S.

*Sexo femenino, 67 años*

### El caminante

Muchas veces vi, en Infiernillo, la figura de un chiquito como de seis o siete años, vestido con una batita blanca, larga, de manguitas largas, que caminaba desde el tanque donde la máquina del ferrocarril tomaba agua hasta la primera vuelta del camino que va a Juan Viñas, ahí desaparecía. Otras veces iba brincando por los durmientes de la línea y se perdía en la curva que va a dar al puente Birrís.

Otra vecina lo vio parado muy cerquita de la cocina de leña que tiraba llamaradas muy altas; a ella le dio miedo que se quemara y, cuando le fue a decir que se quitara de ahí, ya no estaba.

Cuando ya nosotros nos habíamos ido de Santa Marta, esa misma vecina se pasó para la casa de la estación del ferrocarril que nosotros habíamos dejado. Ella nos contó que vio un chiquito vestido de blanco que salió de uno de los cuartos, bajó brincando las gradas que iban hasta el patio de tender la ropa, salió a la calle y ahí desapareció. Por dicha, nosotros nunca lo vimos dentro de la casa mientras mi marido fue agente del ferrocarril ahí.

### **Niño desobediente**

Un señor que era el policía en Infiernillo contaba que, una noche, vio un chiquito como de ocho años, vestido de blanco, guindando en las crucetas (como equis) que sostenían las bases del tanque donde tomaba agua el tren y meciéndose. El policía le llamó la atención porque no eran horas de que un chiquito estuviera en la calle y lo amenazó con acusarlo a los papás. Pero el chiquito seguía jugando sin hacerle caso. Entonces, el policía volvió a ver un instante para la línea porque estaba preocupado porque podía pasar un tren y, cuando volvió la cabeza otra vez, el chiquito ya había desaparecido.

La gente decía que era un chiquito que la máquina del ferrocarril lo había arrollado y lo mató. Muchos lo han seguido viendo y todo el mundo se extraña de que el ánima de un inocente ande en penas; pero también dicen que anda reclamando la vela de angelito que no le hicieron cuando murió.

### **Muebles inquietos**

En la casa de la estación del ferrocarril, oíamos por la noche un bullón como que los muebles del comedor se movían, las sillas sonaban como arrastrándose y golpeaban la mesa como con fuerza de hombres. Como la ventana de mi cuarto daba al comedor, una noche mi marido y yo abrimos de sopetón la ventana para ver qué sonaba, pero todos los muebles estaban en su lugar. Nos asustamos mucho y todavía más cuando nos dimos cuenta de que los dos chiquitos mayores también oían el escándalo, casi todas las noches.

La gente mayor nos contaba que en esa casa, durante muchos años, los negros de Jamaica que habían venido a construir el ferrocarril, se reunían a jugar naipes, dominó, dados y que decían muchas palabrotas y cosas contra Dios; que, seguro por eso, sus almas no podían descansar en paz; pero el problema era que nosotros tampoco podíamos descansar bien por el bullón que hacían.

## Telégrafo incansable

Entre las obligaciones de mi marido como agente del ferrocarril de la *Norden*, tenía que transmitir por telégrafo los datos de las órdenes para los recorridos de los trenes, de este a oeste y al revés, y esperar el mensaje de que los agentes de las otras estaciones los habían recibido.

Siempre nos pareció raro que, no importaba la hora ni el día que fuera, el telégrafo comenzaba a sonar aunque mi esposo no estuviera trabajando. Lo que a él le extrañaba era que esos mensajes no eran recibidos por nadie, porque no le enviaban el reporte de recibido.

Eso pasaba tantísimas veces que después ya oíamos el telégrafo trabajando sin parar y ni quisiera mis hijos, que estaban chiquitos, se asustaban.

## Un tren fuera de horario

Una madrugada, me desperté porque tenía que darle de mamar a mi último chiquito. En eso, una luz muy fuerte iluminó toda la casa de la estación del ferrocarril. Como la ventana de mi cuarto daba a la línea, me asomé y, como a un kilómetro, vi el gran *foco* de una locomotora, que alumbraba también todo ese pedazo de línea. Me pareció extraño porque no era hora de que pasara ningún tren; pero, seguí dándole el pecho al chiquito y esperando que el tren pasara. Lo

raro es que no hacía ningún ruido y nunca pasó.

Muchas veces más vi el *foco* del tren que no caminaba y no solo yo, también mi hija mayor, que en ese entonces tenía quince años, y se acuerda perfectamente porque yo la llamaba para que viera la línea toda iluminada.

## Ropa sin dueño

El *interior* de la casa de la estación del ferrocarril era de esos que tienen una puerta que no llega hasta el suelo, sino que dejan un pedazo abierto para poder uno ver si estaba ocupado. Un día, me precisaba ir al *servicio*; pero lo encontré cerrado y ocupado, porque vi los ruedos de un pantalón café y un par de zapatos negros frente a la taza, como si un hombre estuviera orinando.

La oficina donde estaba trabajando mi marido estaba adentro de la misma casa; entonces yo fui y le pregunté si él le había dado permiso a algún hombre para que usara el excusado, pero me contestó que no. Muy intrigada, regresé al servicio y ya lo encontré abierto y vacío.

Se quedó en el misterio de quién eran los zapatos negros y el pantalón café, pero por dicha no los volví a ver.

## En silencio

Una noche, estábamos en la casa de la estación del ferrocarril rezando



Estación del ferrocarril

el rosario del Niño con la familia y unos vecinos, cuando un sobrino de mi esposo, que tenía en ese entonces como dieciocho años, vio salir por la rendija de la puerta del cuarto de pilas, que yo la había cerrado para el rezo, una hoja extendida de periódico escrito, que empezó a subir pegadita, pegadita a la puerta como hasta la mitad, ahí se paró un momento; después, empezó a devolverse muy despacio hasta que se metió otra vez por debajo de la puerta por donde había salido y se desapareció.

Por supuesto, el muchacho se asustó muchísimo y más cuando

después les contó a los que habían ido al rezo y se dio cuenta de que solo él había visto eso tan raro. Nadie volvió a ver algo así.

*M.C.C.*

*Sexo masculino, 66 años*

### **De ida y vuelta**

Un señor iba bajando para El Congo y, cuando se percató, estaba otra vez arriba, en Santa Marta, porque lo perdieron las brujas.

## Puente invisible

Yo estaba muchacho cuando papá contaba que una vez, iba él bien tomado, del Congo para Santa Marta, como a las once de la noche. Al pasar por el río Reventazón, no podía encontrar la entrada para el puente. En eso, se acordó de las brujas y se puso la camisa al revés. Inmediatamente, se le presentó el puente y pudo pasar.

Después vio que estaba todo arañado por haber andado entre cafetales desde las once de la noche hasta las cuatro de la mañana, porque las brujas lo habían enredado todo.

*M.R.Z.*

*Sexo masculino, 63 años*

## Pavor inolvidable

En enero de 1953, tenía yo diez años, me llevó papá a un rezo del Niño a Infiernillo y regresamos tarde a Juan

Viñas. También iba otro señor con un chiquito de mi edad.

Al pasar por la cruz de piedra, que la hicieron con una piedra enorme que le cayó encima a un señor y lo mató, vi la figura como de un hombre pequeño, sin cabeza, acompañado de un perro, los dos blanquísimos, que empezaron a caminar delante de nosotros.

Los dos papás venían bien borra-dos y abrazados para no caerse, no vieron nada; pero el otro chiquito y yo sí los vimos y, por eso, nos agarramos durísimo de la faja de ellos, con el cuerpo en un puro temblor. Yo estuve a punto de caer redondo al suelo.

Al llegar a la *Cruz de misión*, el hombre y el perro se devolvieron y pasaron en medio de los dos señores, que seguían abrazados, y allí desaparecieron.

Del susto, pasé tres días en cama sin despertarme ni hablar. Todavía hoy, cincuenta años después, me pregunto qué fue lo que vi y no he podido olvidar aquella aparición tan horrible.